importantes funciones de maestro de las solicitudes en el consejo de Estado y le honró con su confianza.

No omitimos decir que la Fontaine, ilustre autor de las fábulas, que habia sido estimado por Fouguet, le permaneció fiel y compuso sobre su desgracia una elegía que es una de sus mas bellas obras.

LA MUGER DEL CIEGO.

Hácia el límite del departamento del Jura, en la parte de las montañas mas próximas á la Suiza, hay una bonita poblacion á quien sus lagos, sus baños y sus rocas, hacen risueña y pintoresca.

Allí es donde habian nacido Gaspar y Margarita, perteneciendo uno y otro á familias pobres; ambos perdieron á sus padres desde muy temprano, ambos se amaban desde la infancia y la comun desgracia avivó aun mas su mútua ternura. Se prometieron pues ser el uno para el otro.

Se iba á verificar su matrimonio, cuando Gaspar, haciendo saltar una mina para sacar piedras de una cantera, fué tan gravemente herido, que despues de prolongados y crueles padecimientos, quedó ciego sin esperanza de recobrar mas la vista. Entonces le dijo él á Margarita: déjame, cásate con un hombre que pueda proporcionarte la subsistencia; yo encontraré algun muchacho que me conduzca á mendigar la mia: ¡Que te abandone, esclamó Margarita! ¡Qué te abandone ahora! Y si la desgracia me hubiera tocado á mí ¿me habrias tú abandonado? ¡Oh, no! murmuró Gaspar, levantando hácia el cielo sus apagados ojos. Dios es testigo de ello.

Poco despues se celebró su matrimonio. No faltaron gentes egoistas y de mal corazon que alzaban los hombros diciendo, que Margarita hacia una una locura; pero á escepcion de estas, todo el mundo aprobó y manifestó públicamente estimacion hácia ella. Su ternura por su marido, que nunca se desmintió, su asiduidad en el trabajo, su buena conducta, la hicieron respetar en todo el canton.

Aumentando la edad, las necesidades de ambos, les quitó los medios de poder subvenir á ellas; pero en el país se hizo un punto de honor el asegurarles el descanso y la dicha en sus últimos dias. No habia una muger económica que no se apresurara á llevar á Margarita uno de los dulces con que se acostumbraba regalar á su familia en los dias de solemnidad: no habia un arrendatario que no se manifestara orgulloso en ayudar á llenar la medida de trigo que bastaba para la provision de la dichosa y pobre familia: eran reverenciados y queridos y no habia chiquillo, por travieso que fuera, que no se hiciera á un lado respetuosamente para dejarlos pasar cuando el domingo iban juntos á la misa de la parroquia.

Mientras vivieron, al ver el órden y la limpieza que reinaba en su cabaña, todos conocian que eran felices y decian que bien habian merecido serlo.

§ IV.

Sinceridad.

No siempre conviene decir lo que se piensa; pero es menester pensar siempre lo que se dice. Cuando un hombre ha adquirido la reputacion de verídico, se juraria sobre su palabra: ella tiene toda la autoridad del juramento, se tiene á lo que dice un respeto religioso.

El hombre que dá mentiras por verdades, es tan culpable como el que dá moneda falsa por buena.

No se cree al embustero aun cuando dice la verdad; es porque sucede con la mentira lo que con una herida, que deja tras de sí una llaga.

Es peor la adulacion que el falso testimonio: el testigo falso no hace mas que engañar al juez sin corromperlo; el adulador nos engaña y nos corrompe. [Varios autores]

CONFESION INGENUA.

No habiendo podido obtener la duquesa de Longueville un favor que habia pedido á Luis IV, se resintió tanto que se le escaparon contra él palabras injuriosas. Solamente una persona las ha oído, pero aquella persona fué indiscreta. La cosa fué referida al rey, quien habló de ella al príncipe de Condé, hermano de la duquesa. Contestó el príncipe que tal especie debia ser falsa. Daré crédito á vuestra hermana, dijo el rey, si ella la desmiente. El príncipe fué á ver á su hermana, la que nada le ocultó: en vano se empeñó, una noche entera, en persuadirle que por esta vez seria muy peligrosa la sinceridad; que al declararla inocente, habia creido decir la verdad, que no debia hacerlo quedar mal, y que agradaría mas al rey negando su falta, que confesándola. ¿Quereis, le dijo ella, que repare esta falta, cometiendo una mayor? Muy mal ha hecho el que me denunció, pero despues de todo, no me es lícito hacerlo pasar por un calumniador, supuesto que efectivamente no lo es. Fué ella á ver al rey y le confesó todo. Luis IV no solamente le perdonó de buena gana, sino que le concedió algunas mercedes que no esperaba.

GENEROSA FRANQUEZA.

Cárlos VII se encontró casi despojado de todos sus Estados al principio de su reinado, y no le quedaba ninguna ciudad de consideracion escepto Orleans y Burgos: sin embargo, se entregaba él á los placeres y no pensaba mas que en dar fiestas. Un dia que bailaba una especie de danza que habia inventado él mismo, un valiente caballero, Xaintrailles, entró en la sala. El rey le dijo: y bien, Xaintrailles, ¿qué pensais de esta fiesta? ¿no notais que nos divertimos muy bien? Sí señor, respondió el caballero, es menester convenir en que no se podria perder un reino mas alegremente.

Aquella respuesta tan franca hizo avergonzar al jóven rey. Desde ese momento se ocupó mas en desempeñar sus deberes y menos en sus placeres.

ADULACION Y SINCERIDAD.

Un soberano de Oriente, queriendo escoger un confidente sincero y al mismo tiempo hábil, imaginó la prueba que vais á ver. Hízo venir una noche á su palacio las cinco personas de su capital que parecia que tenian mas ingenio. En los dedos de su mano izquierda brillaban cinco diamantes de un tamaño prodigioso. El les dijo: Os he reunido aquí á los cinco con la esperanza de que me hareis escuchar la verdad. Veis estos cinco soberbios diamantes, ellos serán la recompensa de vuestra sinceridad; hablad: ¿qué pensais de mi poder y de mi gloria? Se apresuraron cuatro sucesivamente á responder. Deslumbrados por la magnitud y por la belleza de los diamantes, se lisongeaban de obtener uno de ellos. Ensalzaron, pues, á cual mas, la grandeza del soberano; lo hicieron superior á todos los héroes de la historia; hablaron con entusiasmo de sus talentos y de sus virtudes, y terminaron por elevarlo tanto, que no habrian hallado espresiones nuevas para hablar de la grandeza y del poder de Dios.

Se quitó el rey cuatro diamantes de los dedos y se los distribuyó. Dirigiéndose despues al quinto, y tú, le dijo, ¿por qué guardas silencio? Dime tambien, yo lo quiero, ¿qué es lo que piensas de mi poder y de mi gloria? Pienso, le dijo, que vuestro poder es un depósito que os ha confiado Dios para la felicidad de vuestros pueblos y del que os pedirá una cuenta estrecha; pienso que vuestra gloria será vana y perecedera si la haceis consistir en el brillo y las conquistas y no en el estricto cumplimiento de todos vuestros deberes. El rey respondió: no te doy el quinto diamante sino mi confianza y mi amistad. Quedaos siempre á mi lado, he hallado el amigo que buscaba mi corazon.

Al siguiente dia, los otros cuatro vinieron al palacio despavoridos, á decir al rey que el joyero que le habia vendido aquellos diamantes, le habia engañado, que eran falsos. ¡Y qué! respondió el rey riéndose, ¿pensais que no lo sabia? Me dais falsas alabanzas, os doy

falsos diamantes. Os he pagado en la misma moneda, ¿de qué os quejais?

INCONVENIENTES DE LA MENTIRA.

El jóven Celestino era de un carácter amable y estaba dotado de muy bellas disposiciones; pero como habia contraido la desgraciada costumbre de mentir en todas ocasiones, sus palabras no inspiraban confianza alguna.

Tenia un jardincito lleno de escogidas flores, cuyo cultivo hacia el mas querido de sus entretenimientos. Un dia una vaca, que pastaba en el vecino prado, rompe la cerca, entra al jardin, y Celestino cuando vuelve encuentra una gran parte de su jardin toda trastornada. Temiendo que la vaca fuera á destruir las flores mas hermosas aun de la parte contigua, no se atrevió á perseguirla para echarla fuera y corre á llarmar al jardinero en su auxilio; pero el jardinero, acostumbrado á los chascos del jóven Celestino, no cree una palabra de cuanto acaba de contarle. Id, id, amigo mio, le dijo, ya no me engañareis, y se rehusó redondamente á ir en su auxilio.

Un dia de invierno el padre de Celestino, paseándose con él, tuvo la desgracia de caerse y de quebrarse una pierna. Celestino, lleno de dolor y no teniendo suficiente fuerza para socorrer á su padre, fué corriendo á la poblacion para llamar gente: su carácter de embustero era muy generalmente conocido, se creyó que forjaba un cuento y nadie quiso ir. Por fortuna acertó á pasar un carruage cerca del sitió en que su pobre padre yacia en tierra; los que conducian el coche lo llevan á su casa: sin esto, todas las aclamaciones de su hijo nunca habrian podido proporcionarle la menor asistencia.

Tenia Celestino un camarada mas fuerte que él, con el cual se habia divertido varias veces á espensas de la verdad.

Le espió un dia este mozo en el camino de la escuela y para vengarse lo maltrató rudamento. Fué Celestino á quejarse á su padre, de haber sido aporreado, y este creyó deber hablar de ello á los padres del camarada; pero ellos les respondieron: Vuestro hijo es co

nocido generalmente por un impostor, no debemos ni atender sus quejas ni creer lo que refiere: ved aquí toda la satisfaccion que obtuvo el padre de Celestino.

Finalmente, estos disgustos tan humillantes como dolorosos, se repetian con tanta frecuencia, que el desgraciado jóven comenzó á conocer lo mal que hacia. Su arrepentimiento fué seguido de buenas resoluciones: lleno del sincero deseo de corregirse, desconfiaba de sus mismas palabras y no las pronunciaba sino con circunspeccion y raras veces. Por este medio se corrigió en poco tiempo y llegó hasta el punto de hacerse escrúpulo de alterar la verdad ni aun de chanza. Un cambio tan feliz le restituyó la confianza de todos y su propia estimacion.

SINCERIDAD DE UN SABIO.

Solon, célebre legislador de Aténas, habiendo ido á la corte de Creso rey de Lidia, tan famoso por su opulencia, mandó este príncipe que le enseñaran minuciosamente toda la magnificencia de su corte: luego, creyendo haberlo pasmado de admiracion, con aquel espectáculo, le dijo: De todos los hombres que habeis visto en vuestra vida ¿cuál es el que os ha parecido mas dichoso? Pensó que Solon le iba á responder: sois vos; por lo mismo quedó bastante sorprendido cuando el sábio le dijo tranquilamente: el hombre mas dichoso que he conocido es un ciudadano de Aténas llamado Telo, hombre de una virtud irreprensible, que despues de haber gozado toda su vida de una modesta comodidad y de haber visto á su patria siempre floreciente, dejó hijos estimados de todos, tuvo el gusto de ver á los hijos de sus hijos, y que murió en fin peleando por su patria.

—Y despues de Telo? dijo el rey. Solon le citó dos hermanos jóvenes que habian muerto despues de haber ejecutado un acto heróico de piedad filial. Y yo, esclamó Creso, casi irritado ¿no disfruto de una existencia feliz segun vos? Príncipe, respondió Solon, habeis gozado hasta ahora de una gran prosperidad, pero no es esto en lo que consiste la felicidad. Y por otra parte ¿quién es el hombre que

sabe lo que tiene reservado el porvenir? ¿quién puede saber cuál será mas tarde vuestra suerte?

No agradó á Creso este lenguaje tan franco y tan sincero porque sus aduladores lo habian acostumbrado á considerarse como el mas feliz de los mortales; pero se acordó de lo que le habia dicho Solon cuando fué poco tiempo despues destronado por los persas y reducido á la esclavitud, y entonces suspiraba esclamando: ¡Solon, Solon! tú me habias dicho la verdad.

EL ADULADOR CASTIGADO.

Un cortesano de Dionisio, llamado Damocles, ensalzaba la opulencia del tirano, el número y valor de sus soldados, la estension de su poder, la magnificencia de su palacio, sus riquezas de todas clases y concluia con que nunca habia sido hombre alguno tan feliz. ¡Y bien! supuesto que todo esto os parece tan bello, le dijo el tirano, tendriais gana de gustar un poco de ello y de ver, por vos mismo cuál es mi suerte? Consintió en ello gustoso Damocles. En el momento lo sientan en una silla de oro adornada de piedras preciosas: lo rodean con todo el lujo de los reyes; una dulce sinfonía halaga sus oidos; se prodigan las flores, los perfumes; se pone en frente de él una mesa cubierta con los manjares mas esquisitos y con los mas famosos vinos; es servido con todas las demostraciones del mas profundo respeto. Se extasia Damocles en la alegría. En medio de todo aquel encantamiento levanta los ojos y ve suspendida sobre su cabeza por órden del tirano, una acerada espada que no pendia del dorado techo mas que de la cerda de un caballo. Desde ese momento ya no vieron sus ojos todo aquel brillo que lo rodeaba: ya no escuchó los sonidos de la música, se le quitó la gana de tomar los manjares y de beber los vinos. Pálido, tembloroso, levantaba continuamente los ojos hácia la espada pronta á caer sobre su cabeza. ¡Pues bien! le dijo el tirano con una voz severa, ved aquí mi suerte, ¿has gustado bastante de ella? Sí, sí, respondió el cortesano con una voz ahogada. Obtuvo el permiso de dejar el puesto que ocupaba, puesto tan brillante y á la vez tan peligroso. Los que se han elevado por medios injustos, tiemblan sin cesar esperando el castigo á que se han hecho acreedores: este castigo está como suspendido encima de su cabeza y puede á cada instante destruirlos. Cuando está el hombre agitado de ese modo, por el temor, no es posible disfrutar placer alguno: esto es lo que Dionisio queria hacer comprender suspendiendo sobre la cabeza de Damocles aquella espada que no pendia mas que de un hilo.

UNA LECCION PARA LOS ADULADORES.

Canuto, rey de Dinamarca, habia llegado al grado mas alto de poder: habia conquistado toda la Inglaterra; la Suecia y la Noruega le rendian homenage. Todos sus enemigos estaban vencidos; desanimados ó ganados en su favor, le habian dado el sobrenombre de *Grande*.

Estaba una tarde sentado á la orilla del mar, pensativo, paseando á lo lejos sus miradas, tal vez meditando sobre la vanidad de las grandezas y de la gloria. Procuraban los cortesanos que lo rodeaban llamar su atencion encareciendo sus acostumbradas adulaciones. Primero lo colocaron sobre todos los reyes que habian existido, y el silencio de este parecia alentar la exageracion de sus panegiristas: lo elevaron sobre la humanidad misma. Canuto, decian, no es un hombre, es un Dios. El rey los escuchaba en silencio.

Entretanto el dia iba acabando, se habia levantado un viento frio y violento que azotaba el mar, se amontonaban las olas, llegaban ya de lejos rápidas y rugientes. Estaban los cortesanos con inquietud; pero el rey permanecia sentado: parecia tan satisfecho de verse igualado por ellos á la Divinidad, que nadie se habria atrevido á distraer su augusto arrobamiento. Y por otra parte despues de haber esclamado con entusiasmo : ¡Sí, Canuto es un Dios! ¿Cómo decirle en un frio lenguaje, cuidado, Señor, ved la mar que moja vuestros piés?

Durò aquella escena algunos minutos. Se divertia Canuto viendo á sus aduladores palidecer de miedo: por fin, vino una ola á romperse en la silla del rey y á arrojar su espuma sobre los cortesanos

que retrocedieron sobrecogidos de espanto. Volviéndose hácia ellos Canuto les dijo: ¿qué es lo que haceis? ¿qué vano terror se apodera de vuestras almas? ¿no estais en compañia de un dios? En seguida estendiendo la mano sobre el mar, esclamó solemnemente: Olas, os prohibo que adelanteis mas sobre esta tierra que me pertenece. Alejaos de mi reino. Obedeced. Apenas habia acabado de hablar cuando una segunda ola mas furiosa que la primera se dejó caer sobre él y lo cubrió casi todo entero. Entonces se levantó con serenidad y abandonando su asiento á la mar, dijo á sus cortesanos confundidos: ¿Os atreveis todavía á comparar el poder de un rey de la tierra con el del gran Ser que gobierna los elementos? ¿Osareis aun comparar un miserable mortal con aquel que es el único que puede decir al Oceáno: "llegarás hasta aquí y no pasarás."

§ V.

Agradecimiento.

La gratitud es un sentimiento que atrae al agraciado hácia el bienhechor, con el deseo de comprobar este sentimiento con hechos ó por lo menos por la confesion del beneficio, que se publica con gusto en las ocasiones que se procuran con sinceridad ó de las que se presentan, aprovechándolas con cuidado.

La ingratitud es un vicio contrario á la naturaleza pues que aun los mismos animales son agradecidos.

Hay entre el bienhechor y el agraciado una tácita convencion que consiste en que el uno debe olvidar al momento el servicio que ha prestado y el otro acordarse de él siempre. [Varios autores]

TOMAS CRONWEL.

Un negociante de Florencia llamado Frescobaldi, tenia y con sobrada razon, la fama de un hombre liberal y benéfico. Un dia, un extrangero de una fisonomia muy distinguida, pero muy mal vestido, se presentó á él. El elogio que he oido hacer de vuestra generosidad, le dijo, me dá valor para solicitar de vos algunos auxilios. Nací en Inglaterra, y me llamo Tomás Cronwel. He dejado mi país para buscar fortuna, pero la adversidad me ha perseguido por todas partes. Acabo de salir de una enfermedad y estoy sin arbitrio alguno para volver á mi país. Frescobaldi, sensible á su infortunio, le hizo vestir decentemente, lo admitió en su casa hasta que hubo recobrado del todo sus fuerzas, y le dió al marchar, treinta piezas de oro para su viaje. De vuelta á Inglaterra consiguió Cronwel una colocacion en una administracion, despues hizo una rápida carrera, ganó enteramente el favor del rey Enrique VIII y finalmente, fué nombrado canciller de Inglaterra.

En el entretanto, Frescobaldi, que habia olvidado á Cronwel, é ignoraba su prosperidad, se vió, á resultas de pérdidas repetidas en mar y tierra, reducido casi á la indigencia. Como muchos comerciantes ingleses le debian una cantidad considerable, partió para Inglaterra, con intencion de cobrar su dinero. Un dia que habia salido á ver á uno de sus deudores, encontró al canciller á caballo, que volvia al palacio. Habiendo fijado en él los ojos Cronwel, reconoció al momento al hombre que le habia hecho en Italia un servicio tan importante. Baja del caballo, y corre á abrazarle. Frescobaldi estaba sorprendido. ¿No me conoceis? dijo el canciller, yo soy aquel inglés á quien sacasteis de la miseria, vos me habeis salvado la vida y sois quien ha hecho mi fortuna actual. Mis deberes no me permiten permanecer con vos en este momento, pero os conjuro que vayais hoy mismo á comer conmigo á casa. Os dejo con esta esperanza; y sigo mi camino.

Muy contento con semejante encuentro, Frescobaldi fué exacto á